

## SANTIDAD Y EDIFICACIÓN DE LA IGLESIA

RAMIRO PELLITERO

La Iglesia «hace» los santos, se lee en la portada de algún libro, o en los titulares de la prensa, cuando se habla de las canonizaciones con interés quizá un poco polémico. Ciertamente, es la Iglesia la que los declara santos, después de haberlos engendrado a la vida de la gracia y haberles facilitado el alimento continuo de la fe, los sacramentos y los demás dones divinos. La Iglesia, en cierto sentido, hace los santos. Y los santos, ¿«hacen» la Iglesia? Para responder a esta pregunta hay que proceder con cautela, pues propiamente no es la oración y menos la acción externa de las personas las que «hacen» la Iglesia, sino la Trinidad, que preside su edificación. Pero la Trinidad ha querido que, en una inefable «sinergia», los cristianos colaboren en la edificación de la Iglesia. Vista desde este ángulo, la santidad de las personas tiene que ver con la edificación de la Iglesia.

La santidad<sup>1</sup> es siempre *in Christo et in Ecclesia*. Y al revés, la acción eclesial (o con más profundidad, su edificación) es un aspecto esencial del Misterio cristiano. En efecto, ese Misterio se expresa, entre otras imágenes (pueblo o familia en peregrinación, vida de un cuerpo, siembra o trabajo de agricultura, etc.) con el término y la metáfora de la «edificación», y así lo hizo también el Concilio Vaticano II. Este recurso simbólico es empleado frecuentemente por los Padres y el ma-

1. Propiamente la santidad es cualidad de Dios que expresa su excelsitud y trascendencia sobre lo creado. La Escritura la entiende no de manera estática: Dios no es el «totalmente otro», sino la Trinidad santa que ha querido hacerse presente en la historia, de modo que su santidad se comunique a la criatura. Sólo en este sentido derivado se refiere el Antiguo Testamento a personas o lugares que se consideran «santos» porque en ellos Dios se hace presente (el templo, el sábado, y, sobre todo, el Pueblo mismo de Israel). El Nuevo Testamento designa a Jesús de Nazaret como «el santo» (cfr. Hch 3, 14; Ap. 3, 7), en base a su santificación por el Padre, su obra redentora y su glorificación. Desde Cristo se extiende la santidad a la Iglesia, y desde ella a los cristianos y a la humanidad entera. La historia, es en último término, historia de la santidad (cfr. G. ODASSO, *Santidad*, en *Nuevo Diccionario de Teología Bíblica*, Madrid 1990, pp. 1779-1788; J.L. ILLANES, *Santidad*, en *Diccionario de Teología Fundamental*, Madrid 1992, pp. 1310-1313; P. MOLINARI, *Santo-Santidad*, en *Diccionario de Mística*, Madrid 1992, pp. 1553-1560).

gisterio de la Iglesia, y remite inequívocamente a la santidad, tanto de la Iglesia en cuanto tal como de los cristianos. Una perspectiva adecuada de la «edificación» de la Iglesia lleva a superar toda visión que quisiera reducir su «edificación» a la «acción» o a las actividades externas. En estas páginas nos proponemos mostrar los elementos histórico-teológicos fundamentales para la comprensión de la «edificación» en el marco del misterio cristiano.

Lo que se diga en este tema es fundamental para una historia de la espiritualidad que sea consciente de su dimensión eclesiológica. Siendo un tema tradicional, sin embargo el Concilio Vaticano II entró mucho más a la edificación de la Iglesia en su Misterio, al sobrepasar una visión del tema en perspectiva *pastoral* en sentido estricto. La edificación de la Iglesia no es sólo la atención de la comunidad parroquial por parte del sacerdote o del equipo de sacerdotes. Es tarea propia de todos los cristianos (cfr. LG 32)<sup>2</sup>, secundando la acción de Cristo y el Espíritu Santo.

El presente trabajo tiene dos partes. En la primera se trata de comprender la acción eclesial en la perspectiva del misterio cristiano, para lo que se ofrece una panorámica bíblica e histórica, hasta llegar a San Agustín. La segunda parte, después de perfilar la relación entre la edificación de la Iglesia y la santidad —con particular atención a las ideas de Santo Tomás de Aquino—, se pregunta por el significado de una «pastoral» de la santidad en nuestro tiempo.

## 1. LA ACCIÓN ECLESIAL EN LA PERSPECTIVA DEL MISTERIO CRISTIANO

La acción eclesial participa del «Misterio cristiano»<sup>3</sup>. En el sentido dominante en la teología católica occidental hasta hace poco tiempo —sobre todo en el ámbito de la teología fundamental— el término «misterio» remite a aquellas realidades (verdades de la fe) no abarcales con la razón humana, y que conocemos por la Revelación. Que sean inabarcables no significa que sean absurdas; más aún, la fe invita a reflexionar sobre ellas en orden a profundizar en su significado, siempre fecundo para la vida cristiana.

En un sentido primordialmente bíblico, la expresión «misterio cristiano» alude a la formulación paulina de la historia de la salva-

2. Contribuyen a la edificación de la Iglesia, y en primera línea, los bienaventurados del cielo (cfr. LG 49), y, es lógico pensar así, los difuntos del purgatorio a través de su intercesión (cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 958).

3. Sobre el misterio cristiano en perspectiva bíblica, vid. R. PENNA, *Misterio*, en *Nuevo Diccionario de Teología Bíblica*, cit., pp. 1224-1234. Sobre la Iglesia como misterio, el trabajo fundamental es el de M. SCHMAUS, *Das gegenseitige Verhältnis von Leib Christi und Volk Gottes im Kirchenverständnis*, en AA.VV., *Volk Gottes*, Freiburg-Basel-Wien 1967, pp. 13-27.

ción. Para San Pablo, la creación está ya orientada hacia la Iglesia, como primer acto de la manifestación histórica del «misterio de Dios», manifestación que tiene su culmen en el «misterio de Cristo»; es decir, en la realidad de que Cristo muere por todos y, en esa muerte, todos han muerto a sí mismos, para vivir Su vida, en Él y para Él.

Según *Gaudium et spes*, el hombre permanece, durante la historia, como una cuestión no resuelta, a la que sólo Dios puede dar plena y enteramente una respuesta certera (cfr. GS 21). Esa respuesta tiene un nombre: Jesucristo. Él es la clave, el centro y la meta de toda la historia humana, a cuya luz el misterio del hombre puede ser interpretado (cfr. GS 10, 45).

Pues bien, el misterio del cuerpo de Cristo crucificado pasa a ser, tras la resurrección, en expresión de Schlier, el misterio del «cuerpo salvífico» de Cristo<sup>4</sup>, que se edifica como «templo santo en el Señor» (Ef 2, 19ss.). Hay por tanto, como subrayó Daniélou, un único Misterio de Cristo, que tiene diversas etapas, siendo el Misterio de la Iglesia continuación y despliegue del único Misterio de Cristo. La Iglesia surge del misterio salvífico de Dios en Cristo, lo posee en su centro y lo transmite, creciendo a partir de él con la fuerza del Espíritu Santo, y lo testimonia con toda su existencia<sup>5</sup>.

En realidad, el Misterio cristiano, cuyo centro es la Pascua del Señor, coincide en la historia con la edificación del misterio de la Iglesia. Ese misterio ha sido revelado históricamente para mostrar, en su misma revelación, su condición esencial (la dinámica histórica) y la finalidad de su autorrealización (la salvación).

Ya el mismo ser de la Iglesia se estructura *salvíficamente*, según Pablo, por medio del evangelio y de signos eficaces, con ayuda de los servicios ministeriales y de los carismas<sup>6</sup>. El evangelio, por la palabra

4. En expresión de H. SCHLIER, *Eclesiología del Nuevo Testamento*, en *Mysterium Salutis*, IV, 1, Madrid 1984, p. 174.

5. Cfr. J. DANIELOU, *En torno al misterio de Cristo*, Barcelona 1961. En el uso teológico y litúrgico —la liturgia misma en su conjunto se llama «misterio» de salvación— se denominan «misterios» a los principales momentos en que Jesús manifiesta y realiza la salvación (como la Encarnación, la Muerte, la Resurrección, etc.). El Catecismo de la Iglesia Católica se detiene en los misterios de la vida oculta y de la vida pública de Cristo, a la luz de la Encarnación y de la Pascua; para comenzar subraya que «toda la vida de Cristo es Misterio» de revelación, redención y recapitulación, y que los hombres estamos llamados a la comunión en los Misterios de Jesús (cfr. CCE, 512ss.). En la devoción cristiana del rosario se contemplan los «misterios» de la vida de Cristo, de la mano de María (cfr. JUAN PABLO II, *Rosarium Virginis Mariae*, particularmente nn. 9-17). Sobre los «misterios de la vida de Jesús» vid. «Comunión» (esp.) 24 (abril-junio 2002).

6. El Concilio Vaticano II describe los carismas como «gracias especiales», con que el Espíritu Santo dispone a los fieles y los prepara «para realizar variedad de obras y de oficios provechosos para la renovación y una más amplia edificación de la Iglesia» (LG 12; el subrayado es nuestro).

apostólica, proclama y actualiza la realidad de la cruz (cfr. 2 Cor 4, 2). Gracias al bautismo, los cristianos se incorporan al acontecimiento salvífico de Cristo, como «piedras» que entran en la construcción del «templo de Dios» (Ef 2, 20ss.), construcción que se manifiesta más plenamente en la actualización de la muerte sacrificial en el banquete del Señor (cfr. I Cor, 10 y 11). La verdad salvífica oculta en el misterio de Dios se manifiesta, en suma, en la edificación de la Iglesia, que se realiza por medio de los apóstoles y de los discípulos, en una articulación de servidores y servicios.

a) *La edificación de la Iglesia se realiza «in Mysterior»*

Detengámonos en esta imagen de la «edificación», primero en su uso en el Antiguo Testamento y luego en el Nuevo<sup>7</sup>. Evocaremos posteriormente algunos hitos históricos, que la teología que desemboca y profundiza en el Vaticano II subraya, en relación con el pensamiento de San Agustín y de Santo Tomás de Aquino.

1. En el Antiguo Testamento el término «edificar» (de raíz hebrea *bnh*) se utiliza tanto en el sentido propio de construcción (el templo: 1 Re 6, 1; un altar: Gn 8, 20; una casa: 33, 17; una ciudad: 4, 17), como en sentido figurado (edificación de una familia: 2 Sam 7, 12; edificación de Eva: Gn 2, 22; de una madre por los hijos que trae al mundo: Gn 16, 2; 30, 3; de la dinastía de David: 2 Sa 7, 11; de la casa o el pueblo de Israel: Jer 12, 16; 24, 6; 31, 4). En el transcurso se señala el papel decisivo de la acción divina: «Si no fuera el Señor quien construye la casa, inútilmente se afanan los canteros» (Sal 127, 1).

Dios bendice las obras de los hombres, las «edifica». Si el hombre se olvida de Dios, Él destruirá la obra humana (el paradigma es Babel: Gn 11, 1-9). Pero aún en el peor de los casos, Dios sigue haciendo obra de construcción, tanto en el sentido material como en el sentido de la restauración del pueblo (por ejemplo: Is 49, 19-21). Ese obrar de Dios produce un nuevo edificio o un nuevo pueblo, fundado esencialmente sobre una piedra angular especialmente escogida (Is 28, 16; Zac 4, 7), que, sin embargo, desecharon los obreros porque les molestaba, a pesar de que recogía toda la riqueza de la primera construcción (Sal 118, 22). El sentido espiritual de la edificación se abre definitivamente con Jeremías (vid. Jer 24, 5-7; 30, 18ss.; 31, 4; etc.).

7. Cfr. J.M. FENASSE, J. GUILLET, «Edificar» en X. LÉON-DUFOUR, *Vocabulario de Teología Bíblica*, Herder 1972, 255ss.; RE. COLLINS, *First Corinthians* (col. «Sacra Pagina», vol. 7), D.J. Harrington (ed.), Collegeville (Minn) 1999, pp. 148-162; M.Y. MACDONALD, *Colossians and Ephesians* («Sacra Pagina», vol. 17), 2000, pp. 249-251; J. SHANOR, *Paul as master builder: construction terms in first Corinthians*, «New Testament Studies» 34 (1988) 461-471.

2. En el Nuevo Testamento, tal como muestran los estudios de Schlier, el término *oikodome* (edificación, construcción), además de su sentido propio, se sitúa en un ámbito donde destacan tres aspectos:

- a) *Cristo* es el «único fundamento» (Hech 4, 11), la piedra angular con la que Dios construye su obra maestra<sup>8</sup> (Ef 2, 20), el nuevo Templo que Cristo mismo edifica (1 Cor 3, 9ss.; Jn 2, 19ss.).
- b) *La Iglesia* es como un edificio que Jesús construye (Mt, 16, 18), discerniendo los materiales para la edificación y confiando a los apóstoles<sup>9</sup> esa misma capacidad de discernimiento (cfr. Ef 2, 18-22; 4, 11, 15ss.); la edificación se realiza «sobre el cimiento de los apóstoles y de los profetas»<sup>10</sup> (Ef 2, 20).
- c) *Los cristianos* son «piedras vivas» de un templo espiritual (la Iglesia), constituidos en sacerdocio santo para ofrecer sacrificios espirituales (cfr. 1 Pe 2, 5ss.).

Aunque poner el fundamento de esa edificación —Cristo— corresponde principalmente a los apóstoles (cfr. 1 Cor 3, 10), todos son constructores —en realidad, colaboradores con Dios— de la Iglesia, cuerpo de Cristo<sup>11</sup>. Lo son los «profetas, evangelistas, pastores y doctores» (Ef 4, 11), y más ampliamente todos los «santos», que son a la

8. No hay un acuerdo sobre la interpretación de la «piedra angular» en la metáfora de la edificación de la Iglesia. Según algunos autores, Cristo es la piedra que corona el edificio (cfr. Ef 4, 16 y 1, 22). Para otros Cristo es sobre todo la primera piedra que sirve de base o fundamento (cfr. Is 28, 16; 1 Cor 3, 10ss., Ef 2, 21). En I Cor 3, 9 se habla sobre todo de la edificación de la comunidad cristiana local. En Ef 4, 12, 16 y 29 se destaca la dimensión de la santidad como valor principal (cfr. M.Y. MACDONALD, a.c., pp. 249ss.).

9. El papel central de la jerarquía apostólica en la edificación de la Iglesia es puesto de relieve en *Lumen gentium*, n. 18: «Este santo Concilio, siguiendo las huellas del Vaticano I, enseña y declara a una con él que Jesucristo, eterno Pastor, edificó la santa Iglesia enviando a sus Apóstoles como El mismo había sido enviado por el Padre (cfr. Jn 20, 21), y quiso que los sucesores de éstos, los Obispos, hasta la consumación de los siglos, fuesen los pastores en su Iglesia» (subrayado nuestro). En el número siguiente (19) se subraya la figura de Pedro como piedra angular del edificio de la Iglesia.

10. Aunque algunos autores entienden que estos «profetas» denominan a los del Antiguo Testamento, la mayoría piensa que son aquellos que en los tiempos apostólicos recibieron la comprensión del plan divino (cfr. también Ef 3, 5; 4, 11; Hech 11, 27ss.). Así, SCHLIER, *ibid.*, pp. 175ss., opina que «profetas» en el Nuevo Testamento no significa tanto el que anuncia el futuro como el que descubre el presente, por medio de determinados carismas de enseñanza e interpretación (vid. también Hech 15, 22, 27 y 32; 21, 10ss.). En Hech 13, 1-4 se considera a Pablo y Bernabé entre un grupo de «profetas y maestros» de Antioquía, que son elegidos por el Espíritu Santo para la misión a los gentiles (Tanto los dones ministeriales como los carismáticos son otorgados por Dios para la edificación del cuerpo de Cristo con la fuerza del Espíritu (cfr. p. 179).

11. Al final de 1 Cor 3, 10 («...otro construye encima») Pablo parece referirse a estrechos colaboradores suyos, como el caso de Apolo, u otros que entrarían en los grupos señalados en Ef 4, 11-16. En todo caso, se refiere no a la edificación personal de cada cristiano en Cristo, sino a la edificación de la comunidad eclesial como tal (cfr. J. SHANOR, a.c., p. 466).

vez «campo de edificación de Dios» (1 Cor 3, 9). Es una obra común, en la que se da una edificación mutua (1 Cor 3, 12 y de modo más desarrollado los capítulos 12s; 1 Tes 5, 11; Rom 14, 19; Ef 4, 16), y que requiere el discernimiento de los carismas.

En último término, el edificio es la ciudad santa, la nueva Jerusalén (Ap 21, 2), que recoge la labor de todos sus santos; la esposa engalanada por «las buenas acciones de los fieles» (Ap 19, 8), que reflejan la luz de la gloria divina (21, 19-23). Todo es obra de Dios y al mismo tiempo construcción de los santos. La calidad de la contribución de cada uno quedará patente en el día final, en que será probada como por fuego (1 Cor 3, 13)<sup>12</sup>. Esa construcción es el *templo santo* en el que habita el Espíritu de Dios (cfr. I Cor, 3, 16ss.). Por tanto, la edificación tiene una relación intrínseca con la santidad de la comunidad cristiana (cfr. 1 Cor 1, 2) y su unidad.

3. Los estudios acerca de los primeros escritores cristianos y los Padres de la Iglesia se hacen eco de este modo de hablar (la «edificación»). Aparece en el Pastor de Hermas, limitado a una comparación moral. Los autores alejandrinos redescubren el aspecto litúrgico-cultural. Barnabé reaviva el sentido espiritual de la imagen, que remite a la conversión personal<sup>13</sup>.

Orígenes emplea el término edificación en relación con la Iglesia y el alma. Con referencia a la primera carta de San Pedro y a la primera de San Pablo a los Corintios, subraya que el fundamento de la edificación es Cristo, y los cristianos las piedras vivas con las que él edifica su altar<sup>14</sup>. San Basilio prefiere el término de *economia*: en su

12. La obra que haya sido realizada con materiales inflamables (heno, paja), no resistirá el fuego, que, sin embargo, no destruirá al autor; en cambio, la realizada con materiales preciosos (oro, plata, piedras preciosas: 1 Cor, 3 12) sobre el fundamento de Jesucristo, recibirá recompensa. Es una alusión a la escatología. La calidad de la edificación, supuesta la gracia de Dios, depende, según este texto, de la adecuación de la Iglesia al Evangelio y de la edificación personal (por este orden, según la mayor parte de los autores: cfr. R. COLLINS, a.c., pp. 150ss.; J. SHANOR, 467ss.). En ese «fuego» se ha cuestionado una referencia al purgatorio, aunque no haya suficiente apoyo desde el punto de vista estrictamente exegético (podría también interpretarse en el sentido del amor de Dios, en referencia al cual se juzgan todas las acciones). El *Testamento de Abraham*, un texto apocalíptico del s. I ó II antes de Cristo, atribuye al «ángel del juicio» la prueba del fuego aplicado a la obra de cada uno, que también puede ser probada mediante la balanza de la justicia. La semejanza con la perícopa paulina de 1 Cor 3, 13-15, sugiere una previa tradición común (cfr. R. COLLINS, a.c., p. 159). Además de los dos grupos contemplados aquí (constructores con materiales que resisten a la prueba, constructores con materiales que no resisten a la prueba), S. Pablo menciona un tercer grupo: aquellos que, en vez de construir, destruyen; éstos serán castigados (cfr. 1 Cor 3, 17).

13. Para un enfoque del tema en la perspectiva de la espiritualidad, vid. A. THIBAUT, «Édification» en *Dictionnaire de Spiritualité*, vol. IV, 1., Paris 1960, cols. 279-293.

14. Cfr. ORÍGENES, *Homilias sobre el libro de Josué* (Homilía 9, 1-2: SC 71, 244-246).

época (s. IV), la Iglesia se considera ya construida, y se trata de mantenerla. El sentido espiritual se desarrolla más en los Padres latinos y, como equivalente al esfuerzo por la perfección (sentido ascético), en el monaquismo<sup>15</sup>.

En su tratado sobre el salmo 126, San Hilario de Poitiers sintetiza así el contenido de la «edificación»:

«Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles. Sois templo de Dios y el Espíritu de Dios habita en vosotros» (...) Dios debe, pues, construir su casa. Construida por manos de hombres, no se sostendría; apoyada en doctrinas del mundo, no se mantendría en pie; protegida por nuestros ineficaces desvelos y trabajos, no se vería segura. Esta casa debe ser construida y custodiada de manera muy diferente: no sobre la tierra ni sobre la movediza y deslizante arena, sino sobre sus propios fundamentos, los apóstoles y los profetas. Esta casa debe construirse con piedras vivas, debe encontrar su trabazón en Cristo, la piedra angular, debe crecer por la unión mutua de sus elementos hasta que llegue a ser el varón perfecto y consiga la medida de la plenitud del cuerpo de Cristo; debe, en efecto, adornarse con la belleza de las gracias espirituales y resplandecer con su hermosura. Edificada por Dios, es decir, por su palabra, no se derrumbará. Esta casa irá creciendo en cada uno de nosotros con diversas construcciones, según las diferencias de los fieles, para dar ornato y amplitud a la ciudad dichosa. (...) Ésta es la protección eterna de aquella bienaventurada y santa ciudad, que, compuesta de muchos, pero formando una sola, es en cada uno de nosotros la ciudad de Dios. Esta ciudad, por tanto, debe ser edificada por Dios para que crezca hasta su completo acabamiento. Comenzar una edificación no significa su perfección; pero mediante la edificación se va preparando la perfección final»<sup>16</sup>.

b) *La edificación de la comunidad cristiana por la fe, los sacramentos y la caridad*

Precisamente en su comentario al mismo salmo, el 126, expresa San Agustín la colaboración de todos en la construcción de la Iglesia, haciendo hincapié en la acción divina.

«¿Quiénes son los que trabajan en esta construcción? Todos los que predicán la palabra de Dios en la Iglesia, los dispensadores de los misterios de Dios. Todos nos esforzamos, todos trabajamos, todos construimos ahora; y también antes de nosotros se esforzaron, trabajaron, cons-

15. Cfr. A. THIBAUT, a.c., cols. 287ss.

16. SAN HILARIO, *Tratado sobre el salmo 126*, nn. 7-10 (PL 9, 696-697).

truyeron otros; pero “si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles”. (...) Nosotros, por tanto, os hablamos desde el exterior, pero es él quien edifica desde dentro. Nosotros podemos saber cómo escucháis, pero cómo pensáis sólo puede saberlo aquel que ve vuestros pensamientos. Es él quien edifica, quien amonesta, quien amedrenta, quien abre el entendimiento, quien os conduce a la fe; aunque nosotros cooperamos también con nuestro esfuerzo»<sup>17</sup>.

En otro texto —un sermón con motivo de la consagración de un edificio para dedicarlo a la oración—, el santo obispo de Hipona ejemplifica el papel de *la fe, los sacramentos y la caridad en la edificación de la Iglesia*:

«Lo que aquí se hacía, cuando se iba construyendo esta casa, sucede también cuando los creyentes se congregan en Cristo. Pues, al acceder a la fe, es como si se extrajeran de los montes y de las selvas las piedras y los troncos; y, cuando reciben la catequesis y el bautismo, es como si fueran tallándose, alineándose y nivelándose por las manos de los artífices y carpinteros. Pero no llegan a ser casa de Dios sino cuando se aglutinan en la caridad. Nadie entraría en esta casa si las piedras y los maderos no estuviesen unidos y compactos con un determinado orden, si no estuviesen bien trabados, y si la unión entre ellos no fuera tan íntima que en cierto modo puede decirse que se aman. Pues cuando ves en un edificio que las piedras y que los maderos están perfectamente unidos, entras sin miedo y no temes que se hunda»<sup>18</sup>.

Ya se ve que San Agustín no explica la «casa de Dios» a partir de un edificio de piedra, sino de la comunidad de los cristianos. Las investigaciones de Joseph Ratzinger, entre otras, muestran que Agustín, desde su primera época —antes de su ordenación sacerdotal— considera el culto interior como sentido del culto exterior. En el transcurso de su obra destaca que el verdadero Templo es la comunidad eucarística, la *católica*, visible en su vida sacramental. Lo que edifica la Iglesia no es la pura fe, sino la fe que obra en el amor (Gal 5, 6), la *fides* unida a la *caritas*. Esto no significa simplemente que la fe deba acompañarse de obras (lo que sucede también en los donatistas). La auténtica caridad no se logra sin la comunión con el amor del Señor en la *Eucaristía*. La *domus Dei* es así una representación de la *civitas Dei*, de la Iglesia universal, cuya liturgia se consume en el cielo. La verdadera interioridad del hombre es el Cuerpo de Cristo, que es ahora la Iglesia visible, la comunidad que celebra la Eucaristía<sup>19</sup>.

17. SAN AGUSTÍN, *Comentarios sobre los salmos, Salmo 126*, 2: CCL 40, 1857-1858.

18. ID., *Sermón 336*, 1. 6: PL 38 [edición 1861] 1471-1472.1475.

19. Vid. J. RATZINGER, *Popolo e casa di Dio in Sant'Agostino*, Milano 1971.



La edificación se refiere, pues, en Agustín tanto a la Iglesia como al cristiano singular: los dos son ese «templo» y ese cuerpo, que se construye y crece en la historia y se perfecciona tras la resurrección de la carne, anticipada en su fundamento y Cabeza: Cristo.

## 2. EDIFICACIÓN DE LA IGLESIA Y SANTIDAD

La elaboración teológica posterior a San Agustín, y cada vez más hasta nuestros días —como prueban los trabajos de Congar, Latourelle y otros—, pone la edificación de la Iglesia en estrecha relación con la *santidad de la Iglesia*<sup>20</sup>. Este es su atributo más antiguo y el que, según Juan Pablo II, mejor expresa el misterio de la Iglesia<sup>21</sup>. En la historia, santidad e Iglesia se identifican, aunque esa identidad no es definitiva. La llamada universal a la santidad, proclamada por el Concilio Vaticano II, se inscribe precisamente en el contexto de la santidad de la Iglesia.

Esa «edificación» se conecta con las imágenes de «templo» y de «esposa» (cfr. Ef 5, 25ss.), referidas tanto a la Iglesia como al alma<sup>22</sup>. Jesús habla del «culto espiritual» (Jn 4, 23ss.), es decir, del culto cristiano, que procede de la fe, expresa la totalidad de la existencia cristiana y se manifiesta no sólo interiormente sino también sensible y corporalmente<sup>23</sup>. El Espíritu Santo infunde la fe y conforma, mediante la

20. Vid. Y. CONGAR, *L'Église est sainte*, «Angelicum» 42 (1965) 273-295; ID., *Propiedades esenciales de la Iglesia*, en *Mysterium Salutis* IV/1, Madrid 1972, pp. 472-491; G. COTTIER, *Église sainte. L'Église sans péché non sans pécheurs*, «Nova et vetera» 66 (1991) 9-27; J.L. ILLANES, *Mundo y santidad*, Madrid 1984; P. MOLINARI, *Los santos y su culto*, Madrid 1965; R. LATOURELLE, *Cristo y la Iglesia, signos de salvación*, Salamanca 1971; P. O'CALLAGHAN, *The Holiness of the Church in «Lumen gentium»*, en «The Thomist» 52 (1988) 673-701; R.D. SMITH, *The Mark of Holiness*, Westminster 1961; J. STÖHR, *Heilige Kirche-Sündige Kirche?*, «Münchener theologische Zeitschrift» 18 (1967) 119-142.

21. JUAN PABLO II, *Carta Novo millennio ineunte*, 2001, n. 7.

22. Ambos son lugar de habitación del Espíritu Santo. Vid. Jn 14, 15-17; 1 Cor 3, 16-17; 6, 19; 1 Jn 4, 12-13; 2 Cor 6, 16; 2 Tim 1, 14. «En este sitio daré la paz a cuantos trabajen en la edificación de mi templo» (...) Se promete la paz a todos los que se consagran a la edificación de este templo, ya sea que su trabajo consista en edificar la Iglesia, en el oficio de catequistas de los sagrados misterios, es decir, colocados al frente de la casa de Dios como mistagogos, ya sea que se entreguen a la santificación de sus propias almas, para que resulten en la construcción «del templo santo, morada de Dios por el Espíritu» (S. CIRILO DE ALEJANDRÍA, *Comentario sobre el libro del profeta Ageo*, cap. 14: PG 71, 1047-1050).

23. «El pueblo consagrado nunca es más «santo» que cuando es convocado y reunido para el culto de Dios santo en una «santa asamblea» (Y. CONGAR, a.c., 473). Sobre la Iglesia como Templo y el culto cristiano, véase Y. CONGAR, *El Espíritu Santo*, Barcelona 1983, pp. 257ss. El culto de la propia existencia —propio del cristiano— constituye el ejercicio del *sacerdocio común* de los bautizados. Así lo expresaba el Fundador del Opus Dei en 1960: «Todos, por el Bautismo, hemos sido constituidos sacerdotes de nuestra propia existencia, para ofrecer víctimas espirituales, que sean agradables a Dios por Jesucristo (*1 Pe* 2, 5), para realizar cada una de nuestras acciones en espíritu de obediencia a la voluntad de Dios, perpetuando así la misión del Dios-hombre» (S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, n. 96).

caridad, la vida de Cristo en las almas y sobre todo en la Iglesia, sacramento de salvación para la humanidad. Por la gracia del Espíritu Santo el cristiano vive en Cristo y simultáneamente en la Iglesia.

a) *La edificación «objetiva» por las «cosas santas»*

Santo Tomás explica el atributo «sanctam» del Credo precisamente en la línea de la santidad de un templo purificado y consagrado, santificado por la unción y después por la habitación de Dios, en el que se invoca a Dios y se le da culto<sup>24</sup>.

Esta santidad fundamental de la Iglesia, exige una vida santa (Lev. 11 44ss.: «Sed santos, porque yo soy santo»), cuyo contenido coincide con el culto de la existencia cristiana. Esto hace que la Iglesia sea santa no sólo en sí misma, como esposa de Cristo (Ef 4, 26ss.), sino también en los santos, y a partir de los santos; es decir, aquellas personas que se esfuerzan por vivir con fidelidad y generosidad su condición de miembros del cuerpo de Cristo, recibida por vez primera en el bautismo. Con otras palabras, en la santidad de la Iglesia hay una dimensión *donada* por Dios (objetiva) y otra dimensión *recibida y realizada* por los hombres (subjética)<sup>25</sup>.

Para Santo Tomás, la fe formada por la caridad es la sustancia misma del Cuerpo místico de Cristo. Reaparece en sus desarrollos el tema agustiniano de la edificación de la Iglesia por la fe, los sacramentos y la caridad. Según el Doctor de Aquino esto se corresponde con el modo en que se nos aplica la obra redentora de Cristo: por la fe que obra a través de la caridad y por los sacramentos de la fe<sup>26</sup>. La gracia que brota de la pasión de Cristo se hace eficaz en aquellos que la reciben «por *la fe, los sacramentos y la caridad*»<sup>27</sup>. Así también la Iglesia está «constituida por la fe y los sacramentos de la fe»<sup>28</sup> y de esa misma manera se edifica.

24. Cfr. Y. CONGAR, *Propiedades esenciales...*, cit., 475. Es la lectura que hace el autor de los textos del Aquinate. Vid. *Expos. in Symbolum*, a9; cfr. *S. Th.*, III, q. 72 a. 11.

25. Congar ve aquí una aplicación del «ya pero todavía no» como estatuto de la existencia de la Iglesia en su etapa peregrinante (cfr. *Propiedades esenciales...*, 476). En ese sentido la Iglesia es «ya» santa (sobre todo en el cielo) aunque no lo es «todavía» plena o definitivamente, hasta que se cumpla el número de los salvados. Por lo demás, hay que cuidar que estas *dimensiones* de la santidad de la Iglesia (santidad objetiva y santidad subjética, también llamadas a veces «santidad ontológica» y «santidad moral») como única realidad, no se entiendan como realidades distintas: lo ontológico tiende de por sí a manifestarse en lo ético, como expresión de una vida profundamente poseída.

26. Cfr. STO. TOMÁS, *De Veritate*, q. 29 a. 7, ad 8.

27. Cfr. ID., *In III Sent.*, d. 1, q. 1; d. 19, a. 2.

28. Cfr. ID., *S. Th.*, q. 74, a. 2 ad. 3. La posición de Santo Tomás está sintetizada por Congar de esta manera: la Iglesia *constituitur, fabricatur* (IV Sent, d18, q1, a1, sol1; *S. Th.* III, q64, a2 ad3), *fundatur* (IV Sent, d17, q3, a1, sol5), *instituitur* (*S. Th.*, I, q92, a3), *consecratur* (*In Io*, c19, lect5, n4) *per fidem et fidei sacramenta*.

La constitución dogmática *Lumen gentium* dirá que la Iglesia es un Pueblo mesiánico constituido por Cristo en orden a la comunión de *verdad, vida y caridad*, y enviado por Él como instrumento de redención (cfr. LG 9). Ese triple calificativo puede verse en relación respectiva con los dones divinos —la fe, los sacramentos y la caridad— que edifican la Iglesia no sin la colaboración de los cristianos. También puede verse en ello una alusión a que el Pueblo de Dios es, todo él, profético, sacerdotal y real. Según la Escritura, la tradición eclesial y la interpretación teológica, es el segundo título, el sacerdotal —y, en un sentido más estricto, el cultural—, el que se pone en juego al tratar de la edificación de la Iglesia.

La santidad objetiva de la Iglesia depende, en todo caso, de los dones de Dios. Dios es fiel a su Alianza, que se renueva de modo indisoluble por el amor de Cristo a la Iglesia. Mientras que la santidad «subjetiva» (de los sujetos) depende de los hombres.

Lógicamente, la santidad «objetiva» precede a la «subjetiva», pues la Iglesia es *Ecclesia congregans* antes que *Ecclesia congregata*: comunicación, redil, madre o seno maternal y reino, antes que comunión, rebaño, pueblo, fraternidad o reinado<sup>29</sup>. Por la acción del Espíritu Santo, Cristo realiza en la Iglesia acciones santas y santificantes; por eso, decir «creo (en) la Santa Iglesia» equivale a decir: «creo en el Espíritu Santo que santifica a la Iglesia»<sup>30</sup>. Al mismo tiempo, la santidad vivida contribuye a la santidad de todo el cuerpo eclesial, pues los miembros son todos ellos solidarios, y se edifican mutuamente<sup>31</sup>.

Si para Santo Tomás la *communio sanctorum* significa que es comunión en las «cosas santas» (la fe y los sacramentos) y, en consecuencia, comunión de los santos, hoy conviene explicitar algo más. En un sentido amplio, también los carismas entran en esas «cosas santas», en cuanto dones divinos que presuponen la fe y el desarrollo de la vida

29. Cfr. H. DE LUBAC, *Méditation sur l'Église*, Paris 1953, 78-85; Y. CONGAR, *Propiedades esenciales...*, p. 477; ID., *Jalons pour une théologie du laïcat*, Paris 1953, cap. II. La distinción entre *Ecclesia congregans* y *Ecclesia congregata* viene a coincidir con la distinción Iglesia como sacramento de salvación e Iglesia como comunión.

30. Según Santo Tomás, San Alberto Magno, Alejandro de Hales y los demás escolásticos.

31. «Es una afirmación bíblica y tradicional constante que los fuertes sostienen a los débiles y los santos a los pecadores. Así, los fieles ejercen a su modo, una maternidad santa: por su caridad, su oración, sus satisfacciones y también por el ejercicio de esos dones espirituales o carismas otorgados “para la utilidad común” (I Cor 12, 7). Toda la vida de la Iglesia es un engendrar y un educar en la santidad. Así, la Iglesia es santa no sólo porque actualiza los medios de santidad cuyo depósito y ministerio ha recibido (*Ecclesia congregans*: santidad llamada objetiva), sino además porque está formada de santos y de hombres que o no conocen el pecado o se esfuerzan por no pecar más (...) (*Ecclesia congregata*; santidad llamada subjetiva)» (Y. CONGAR, *Propiedades esenciales...*, a.c, pp. 481ss.). En las últimas palabras puede verse la apertura a la posibilidad de la santidad fuera de los límites visibles de la Iglesia.

cristiana en torno a la caridad y a partir de los sacramentos. La finalidad principal de los carismas es, precisamente, la edificación de la Iglesia. A raíz del Concilio Vaticano II, la teología ha redescubierto el lugar central de los carismas en la Iglesia, en su estructura y en su misión<sup>32</sup>.

Al comienzo de la *Lumen gentium*, y en el contexto de las imágenes de la Iglesia, se sintetiza la cuestión de la «edificación de la Iglesia» con estas palabras:

«Muchas veces también la Iglesia se llama “edificación de Dios” (*1Co* 3, 9). El mismo Señor se comparó a la piedra rechazada por los constructores, pero que fue puesta como piedra angular (*Mt* 21, 42; cfr. *Act* 4, 11; *1 Pe* 2, 7; *Sal* 177, 22). Sobre aquel fundamento levantan los apóstoles la Iglesia (cfr. *1Co* 3, 11) y de él recibe firmeza y cohesión. A esta edificación se le dan diversos nombres: casa de Dios (*1Tim*, 3, 15), en que habita su “familia”, habitación de Dios en el Espíritu (*Ef* 2, 19-22), tienda de Dios con los hombres (*Ap* 21, 3) y, sobre todo, “templo” santo, que los Santos Padres celebran representado en los santuarios de piedra, y en la liturgia se compara justamente a la ciudad santa, la nueva Jerusalén. Porque en ella somos ordenados en la tierra como piedras vivas (*1Pe* 2, 5). San Juan, en la renovación del mundo contempla esta ciudad bajando del cielo, del lado de Dios ataviada como una esposa que se engalana para su esposo (*Ap* 21, 1ss.)» (LG 6).

La liturgia recoge la conciencia sobre la edificación de la Iglesia principalmente en sus ritos sobre la dedicación de iglesias. La reforma litúrgica que ha seguido al Concilio Vaticano II ha procurado hacer la celebración más significativa restituyendo el papel principal de la Eucaristía en el rito y facilitando una mayor expresividad a los símbolos del agua, del aceite perfumado, del incienso y de la luz<sup>33</sup>.

Según J. Ratzinger, la tradición judeo-cristiana que habla de la edificación y del templo se refiere a Cristo y a la Iglesia, siguiendo la ley de la «piedra desechada» que acaba por cumplir las esperanzas de toda construcción humana: la vida que no muere, la seguridad —el refugio contra la intemperie, el miedo y la soledad—, el hogar de la patria definitiva y la libertad. En último término, el templo es expresión

32. Cfr. X. PIKAZA, N. SILANES (eds.), *Los carismas en la Iglesia. Presencia del Espíritu Santo en la historia*, Salamanca 1998; R. PELLITERO, *El Espíritu Santo y la misión de los cristianos: los carismas, unidad y diversidad*; ID., *Los carismas en la reflexión contemporánea y su papel en la estructuración de la Iglesia*, en J.R. VILLAR (dir.), «*Communio et sacramentum*: homenaje al Prof. Dr. Pedro Rodríguez, Pamplona 2003, en prensa.

33. Vid. al respecto P. JOUNEL, *Dedicación de iglesias y altares*, en *Nuevo Diccionario de Liturgia*, Madrid 1987, pp. 531-548; ID., *La dedicación de las iglesias*, en A.G. MARTIMORT, *La Iglesia en oración*, Barcelona 1992, pp. 238-250.

de los hombres que quieren habitar juntos con Dios, en la comunión y en la vida plena<sup>34</sup>.

En relación con la santidad, cabe resumir lo estudiado hasta aquí, señalando que la edificación de la Iglesia tiene una dimensión asegurada por la acción divina, y otra dimensión que depende de la santidad de los cristianos, piedras vivas. En unión indisoluble con las demás propiedades esenciales de la Iglesia (unidad, catolicidad y apostolicidad), la santidad «edifica» la Iglesia: sobre todo de una manera objetiva e indefectible, en cuanto a la acción divina que garantiza su santidad objetiva (y esto se concentra en la Eucaristía<sup>35</sup>); pero también de una manera subjetiva y existencial, que depende de los hombres y mujeres; antes que nada, en los fieles católicos que viven su plena incorporación a la Iglesia por la vida de la gracia.

No puede dejar de hacerse aquí una referencia a la «purificación de la memoria histórica» en la Iglesia. Se trata de un signo lleno de contenido, precisamente en cuanto a la relación entre santidad subje-

34. Cfr. J. RATZINGER, *Gloria y glorificación. «Templo construido con piedras vivas». La casa de Dios y el culto cristiano*, en ID., *Un canto nuevo para el Señor. La fe en Jesucristo y la liturgia hoy*, Salamanca 1999, pp. 95-112. Con referencia a 2 Sam 7, 5. 11, subraya el autor que no es el hombre el que construye una casa a Dios, sino que Dios construye una casa al hombre, con el «precio» de la pasión de Cristo. El templo salomónico y el que edifican sus sucesores es algo provisional, como lugar de la liturgia de la palabra, que debe ser completado con el cenáculo, donde la Iglesia sustituye y consume los antiguos sacrificios. En esa línea interpreta la expulsión de los mercaderes del templo. «La carne de Jesús es el templo, es la tienda, la *shekinah*. La carne de Jesús es para Juan, paradójicamente, la verdad y el espíritu que ocupan el lugar de los antiguos templos. Ahora cobra vida en la cristiandad la idea de que la encarnación de Dios constituyó su ingreso en la materia, el comienzo de un gran movimiento donde toda la materia será receptáculo de la Palabra; pero también la Palabra se expresará consecuentemente en la materia, deberá entregarse a ella para poder transformarla. Por eso nace ahora el gusto por la visibilización de la fe, por la grabación de sus signos en la materia. Esto va asociado al otro aspecto: la idea de glorificación, el intento de convertir la tierra y hasta la piedra en alabanza, y anticipar así el mundo futuro. Las construcciones en las que se expresa la fe son, por decirlo así, la esperanza hecha presente y la manifestación confiada de aquello que puede convertirse en realidad» (J. RATZINGER, *Gloria...*, pp. 106ss.).

35. Por ese motivo, según el Concilio Vaticano II, el sacerdote-ministro (obispo o presbítero) tiene un papel singular en la edificación de la Iglesia. Al tratar sobre el carácter misionero de toda la Iglesia, *Lumen gentium* señala en su n. 17: «Sobre todos los discípulos de Cristo pesa la obligación de propagar la fe según su propia condición de vida. Pero aunque cualquiera puede bautizar a los creyentes, es, no obstante, propio del sacerdote el *consumar la edificación del Cuerpo de Cristo por el sacrificio eucarístico*, realizando las palabras de Dios dichas por el profeta: “Desde la salida del sol hasta el ocaso es grande mi nombre entre las gentes, y en todo lugar se ofrece a mi nombre una oblación pura” (*Mal.*, 1, 11)» (el subrayado es nuestro). Sobre la colaboración de los presbíteros con los obispos en la «edificación del “Cuerpo total de Cristo”», vid. LG 28. Acerca del ministerio de los obispos para la edificación de los fieles, vid. LG, n. 26ss. Sobre el lugar central de la Eucaristía en la edificación de la Iglesia, vid. JUAN PABLO II, encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (2003) nn. 21-25: el Santo Padre subraya la capacidad *unificadora* de la Eucaristía, que hace crecer a la Iglesia como comunión santa, católica y apostólica.

tiva y santidad objetiva de la Iglesia<sup>36</sup>. Por la acción del Espíritu sobre la Cabeza visible del Cuerpo eclesial, la Iglesia toma progresivamente más conciencia de su ser y su misión. El dolor por los pecados de sus miembros atrae una nueva efusión de gracia, que la purifica y la dispone a ser mejor instrumento al servicio de la Trinidad.

b) *La «pastoral de la santidad» y la edificación de la Iglesia*

Si los pecados de los cristianos «desedifican» a los demás miembros de la familia de Dios y en otro sentido también a la entera humanidad, el esfuerzo por la santidad personal contribuye a la edificación de la Iglesia, en cuanto que contribuye a manifestar la santidad de la Iglesia misma<sup>37</sup>. De ahí que una «pastoral de la santidad», o dicho en otros términos, un apostolado que subraye la santidad, es una forma básica y fundamental de «hacer la Iglesia»<sup>38</sup>.

Este aspecto de la «edificación» con que la santidad personal contribuye a edificar la Iglesia es subrayado por los autores espirituales, que suelen ponerlo en relación con la comunión de los santos. Una gran parte de la literatura espiritual alude a esta «edificación» cuando trata de la espiritualidad de la vida religiosa, sobre todo monástica. También se encuentra la terminología «edificación» referida a la comunidad cristiana cuando se quieren señalar los deberes pastorales de los presbíteros, casi siempre en relación con la guía de la comunidad parroquial. Falta, por tanto, una visión más amplia, acorde con el Vaticano II, que considere la contribución a la edificación de la Iglesia por parte de todos los cristianos, y concretamente la mayoría de ellos, los laicos.

Es bien conocida la expresión de Pío XII, ya antes del Concilio: «Los fieles, y más precisamente los laicos, se encuentran en la línea más avanzada de la vida de la Iglesia; por ellos la Iglesia es el principio vital de la sociedad humana. Por tanto ellos, ellos especialmente, deben tener conciencia, cada vez más clara, *no sólo de pertenecer a la Igle-*

36. Cfr. COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *Jornada del Perdón. Memoria y reconciliación: la Iglesia y las culpas del pasado*, Madrid 2000. Vid sobre el argumento, G. COTTIER, *Memoria e pentimento: il rapporto tra Chiesa santa e cristiani peccatori, la purificazione della memoria l'importanza della richiesta di perdono per l'ecumenismo*, Milano 2000.

37. «Esta santidad de la Iglesia se manifiesta incesantemente y se debe manifestar en los frutos de gracia que el Espíritu Santo produce en los fieles; se expresa de múltiples modos en todos aquellos que, con edificación de los demás, se acercan en su propio estado de vida a la cumbre de la caridad» (*Lumen gentium* 39).

38. Cfr. JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, nn. 7, 30-32, 38ss., 48.

*sia, sino de ser la Iglesia*; es decir, la comunidad de los fieles sobre la tierra bajo la guía del Jefe común, el Papa, y de los Obispos en comunión con él. Ellos *son la Iglesia (...)*<sup>39</sup>.

Esta conciencia de la aportación de los fieles laicos a la vida y misión de la Iglesia ha venido alimentada por distintas vías: desde la teología del laicado hasta la Acción Católica, junto con fenómenos pastorales como el Opus Dei. Una terminología que San Josemaría Escrivá empleaba en su predicación —«hacer el Opus Dei, siendo personalmente Opus Dei»<sup>40</sup>—, se vincula a esa convicción de la que hablamos: para «hacer» la Iglesia es preciso aspirar a «ser» uno mismo, cada cristiano, «Iglesia» en el sentido más pleno: «ser santo», miembro de la «comunión de los santos», y actuar en consecuencia. Este es un punto clave en nuestro tema, que tiene interesantes implicaciones, tanto en la eclesiología como en la espiritualidad, y también en la pastoral y el apostolado de los cristianos.

Obviamente, no hay santos sobre la tierra, sino sólo personas que han sido santificadas objetivamente por el Bautismo y han de procurar llegar a la santidad. Impulsado y sostenido por la acción divina, el esfuerzo por alcanzar la santidad contribuye a la edificación de la Iglesia como sacramento de salvación. La santidad —el esfuerzo por lograrla, poniendo en práctica la fe, los sacramentos, y los demás dones divinos— no tiene que ver con un intimismo espiritualista, que se quedase en la relación entre «Dios y yo», si bien esta relación, como decía Newman, está en la base de toda santidad. Pero la evangelización no es el anuncio de una salvación trascendente que toca únicamente la dimensión espiritual del hombre, según un modelo de comprensión espiritualista de la experiencia religiosa; tampoco según el modelo «liberal» en el sentido de la teología decimonónica; ni tampoco según la interpretación laicista del cristianismo en el Occidente europeo, que pretende relegar el acontecimiento cristiano a la esfera privada<sup>41</sup>. La edificación de la Iglesia, por situarse en el contexto del Misterio de Cristo, arrastra consigo el afán evangelizador, junto con la edificación de un mundo nuevo, donde la paz y la justicia que proceden de Dios sean los criterios que regulen las relaciones entre las personas y los pueblos.

39. PÍO XII, *Discurso a los nuevos Cardenales*, 20. II, 1946, citado en la Exhort. Apost. *Christifideles laici* (1988), n. 9.

40. Palabras citadas por J.L. Illanes en el volumen de P. RODRÍGUEZ, F. OCÁRIZ, J.L. ILLANES, *El Opus Dei en la Iglesia. Introducción eclesiológica a la vida y el apostolado del Opus Dei*, Madrid 1993, p. 204. Sobre el significado de esa expresión, vid., en esa misma obra, las pp. 201-205.

41. Cfr. P. CODA, *El ágape como gracia y libertad. En la raíz de la teología y la praxis de los cristianos*, Madrid 1996, p. 147.

Edificar la Iglesia es, en este sentido, comprometerse de modo concreto en la *transformación del mundo*<sup>42</sup>, para que el mundo sea un lugar de Vida plena en amistad con Dios y solidaridad con los hombres, y un camino hacia la comunión del Reino definitivo.

La relación personal de cada uno con Dios es el fundamento para la edificación de la Iglesia, también —no hay ser *en Cristo* que no sea ser *en la Iglesia*— en cuanto que se convierte en un «signo e instrumento» de la presencia y de la acción de Cristo y el Espíritu Santo<sup>43</sup>.

En esta perspectiva, la actividad más importante para el cristiano, o la que, en todo caso, debe estar en la base de las demás, es la formación espiritual y teológica que le ayude a conocer y responder al don de la fe con una vida de oración y sacramental intensa. De esa fuente surge la actividad apostólica, verdadero servicio de caridad, que para la mayoría de los cristianos se desarrolla en el ambiente de la vida cotidiana. Toda la acción del cristiano se encamina a la gloria de Dios, a la que se ordena también la salvación de los hombres. Gloria de Dios y salvación de los hombres constituyen dos aspectos de la finalidad a que se orienta la «edificación de la Iglesia».

Así lo comprendía el autor de *Camino*: «Da “toda” la gloria a Dios. —“Exprime” con tu voluntad, ayudado por la gracia, cada una de tus acciones, para que en ellas no quede nada que huela a humana soberbia, a complacencia de tu “yo”» (n. 784). Como se ha recordado más arriba, muchos habían considerado durante siglos, al menos en la práctica, que la «edificación» de la Iglesia era cosa exclusiva de sacerdotes y religiosos. El fundador del Opus Dei impulsó sobre todo la contribución de los fieles laicos a esa «edificación» del Reino de Dios, partiendo del interior de cada uno y con una incidencia operativa en el mundo<sup>44</sup>, principalmente a través de la santificación del trabajo ordinario<sup>45</sup>. Lo recordaba Juan Pablo II con motivo de su canonización:

42. Cfr. R. PELLITERO, *Santificación del mundo y transformación social*, en *El cristiano en el mundo. En el centenario del nacimiento del Beato Josemaría Escrivá (XXIII Simposio de Teología de la Universidad de Navarra)*, Pamplona 2003, pp. 273-288.

43. Podríamos llamar a esto «sacramentalidad de la santidad subjetiva», que comporta una contribución a la credibilidad de la Revelación. «Los hombres no se engañan a propósito de la santidad. La reconocen en seguida, como por instinto, y son atraídos por ella. La santidad es su propia prueba sin argumentación crítica» (Y. CONGAR, *Propiedades esenciales...*, p. 491).

44. «Sigue el consejo de San Pablo: “hora est iam nos de somno surgere!” —¡ya es hora de trabajar! —De trabajar por dentro, en la edificación de tu alma; y por fuera, desde tu lugar, en la edificación del Reino de Dios» (*Forja*, n. 377). «En la historia, en el tiempo, se edifica el Reino de Dios. El Señor nos ha confiado a todos esa tarea, y ninguno puede sentirse eximido» (*Es Cristo que pasa*, n. 158).

45. Cfr., por ejemplo, *Amigos de Dios*, n. 61.



«San Josemaría fue escogido por el Señor para anunciar la llamada universal a la santidad y para indicar que las actividades comunes que componen la vida de todos los días son camino de santificación. Se podría decir que fue el santo de lo ordinario. (...) Estaba profundamente convencido de que la vida cristiana implica una misión y un apostolado, de que estamos en el mundo para salvarlo con Cristo. Amaba el mundo apasionadamente, con un “amor redentor”. (...) Éste es un mensaje que tiene abundantes y fructuosas implicaciones para la misión evangelizadora de la Iglesia»<sup>46</sup>.

### 3. A MODO DE EPÍLOGO

Hemos procurado esclarecer cómo la edificación de la Iglesia se inserta en el Misterio de Cristo, y desde ahí cómo la santidad contribuye a la edificación de la Iglesia, en la perspectiva del Concilio Vaticano II.

Podemos concluir estas reflexiones señalando la necesidad de impulsar una visión unitaria y completa de la santidad, que la comprenda en todas sus dimensiones y consecuencias. Las ideas que han ido surgiendo en estas páginas pueden sintetizarse en algunos puntos:

1. La *edificación de la Iglesia* se sitúa en el contexto del *Misterio cristiano*. Estructurada ya en su mismo ser con vistas a la salvación, la Iglesia fundamenta su acción en las «misiones» de Cristo y del Espíritu Santo, que la edifican continuamente.

2. La Escritura destaca esta primacía de Dios en la «edificación» de la Iglesia. Cristo es el fundamento, los cristianos son piedras vivas del Templo que se levanta gracias al Espíritu Santo. La tradición eclesial sitúa el tema de la edificación en relación con la *santidad* de la Iglesia y de los cristianos.

3. Una *pastoral de la santidad*, o un apostolado que se promueva sobre la base de la santidad personal, es una forma fundamental de edificar la Iglesia. Se trata de que todos los cristianos contribuyan, según su condición, a esa «edificación», por medio de su respuesta a la *fe* (su «permanencia en la *verdad*»), la celebración de los *sacramentos* y el servicio de la *caridad*, al que se encamina la *vida* cristiana, que comporta la transformación del mundo.

46. JUAN PABLO II, *Audiencia a los participantes en la canonización de Josemaría Escrivá*, Roma, 7. X. 2002, nn. 2 y 4.